

en la ley de Él meditará de día y de noche. En el hebreo está: *Beatus vir qui legem Domini deperiet.* Bienaventurado el hombre que se pierde por la Ley de Dios, que enferma amando la Ley de Dios, que con tanto cuidado procura cumplir la Ley de Dios; que, fuera de ella, no se acuerda de cosa del mundo. Es lo mismo que tiene y dice nuestra Vulgata: *In lege Domini voluntas ejus, et in lege meditabitur die ac nocte:* la voluntad y el afecto todo en la Ley de Dios, y los pensamientos también. Cogidos quiere el Esposo los cabellos y echados al cuello, para significar que quiere libre y descubierto el rostro, y el ojo que le ha de mirar y contemplar claro; y porque los cabellos sueltos suelen cubrir y ofender la vista, dice que los quiere cogidos y echados al cuello; es decir, que para especular y contemplar la gloria de Dios ha de tener el alma descubierto el rostro, porque de otra manera no podrá, sin ofensa y estorbo, enderezar el rostro de la contemplación, que principalmente consiste en el amor. No es posible herir al Esposo con el ojo del afecto si los pensamientos andan derramados y sin orden; quiero decir, que para que el alma pueda mirar á Dios sosegada y quieta en la oración, y gozar de él pacíficamente, un solo pensamiento la tiene siempre de ocupar, y éste ha de ser cómo guardará su ley y cumplirá su santísima voluntad.



CAPÍTULO XVIII

Y CUESTIÓN ÚNICA EN QUE SE TRATA SI ES NECESARIO QUE EN ESTA MÍSTICA TEOLOGÍA PRECEDA Ó ACOMPAÑE EL ENTENDIMIENTO AL AFECTO.

EL Seráfico Doctor San Buenaventura, habiendo tratado el modo que se ha de tener para alcanzar la unitiva y mística sabiduría, y de sus calidades, hace una cuestión, á mi parecer importantísima, para que el contemplativo acabe de entender cómo esta ciencia se alcanza más por actos anagógicos, amorosos afectos y extensión de deseos, que no por especulación y delgadeza de entendimiento. Pregúntase, pues, si el ánima, según su afecto, puede aspirar y desear moverse á Dios, sin que preceda ó acompañe el entendimiento entendiendo y meditando. Y parece que siempre es necesario que preceda meditación y conocimiento á la extensión y afectos de amor. Lo primero, por una autoridad del salmista que dice: *En mi medita-*

ción arderá el fuego (1). Donde pone primero lo que es obra del entendimiento, que es meditar, y luego lo que es propio del afecto, que es arder. Esto mismo se prueba por otras razones. La primera de San Dionisio, el cual llama á nuestra ánima, que actualmente se extiende á Dios por afectos anagógicos, *deificada*; porque, en cuanto le es posible á la criatura, pretende por este camino conformarse á la sobreexcelentísima Trinidad; y si es así que, siguiendo el orden de naturaleza entre las divinas Personas, primero es el Padre, á quien se atribuye la suma potencia; el segundo es el Hijo, que es noticia del Padre, ó suma sabiduría; el tercero el Espíritu Santo, que es amor verdadero, bien se sigue que en el ánima imitadora de esta altísima Trinidad ha de haber primero noticia de Aquel á quien busca, antes que se pueda levantar á Él por amorosos deseos. Y, por consiguiente, ha de preceder meditación al afecto.

Item. Siguiendo la doctrina del mismo Dionisio, la Iglesia militante imita en cuanto puede á la triunfante, y por el mismo caso el ánima que desea, amando, subir como por grados según las órdenes y jerarquías de los divinos espíritus, ha de imitarlos en el orden que tienen, especialmente á los de la última jerarquía, á los cuales siguen los que llevan el camino del amor. En esta jerarquía hay tres coros, conviene á sa-

(1) In meditatione mea exardescet ignis.—Ps. 38.

ber: tronos, querubines y serafines, á los cuales se conforma el ánima, siendo primero trono, esto es, desamparando y menospreciando de todo punto las honras mundanas y carnales afectos, y las terrenas delicias, para que sólo Dios se asiente en ella y descanse como en su silla. Lo segundo, querubín, que significa plenitud de ciencia; ésta se alcanza mediante la luz, que divinamente le es enviada del cielo, por la cual el ánima, meditando, conoce y alcanza los secretos divinos. Lo tercero, siendo serafín, que es orden supremo de espíritus abrasados; de manera que se ha de levantar por afectos y deseos inflamados y arder en amor de Aquel, como serafín que ya conoce; como querubín especulando y contemplando. Luego síguese que ha de preceder el conocimiento al afecto.

Además, parece que, según que el ánima es ordenada en sus potencias, así ordenadamente se ha de mover. Vemos, pues, que, de su creación primordial, el ánima tiene tres potencias naturalmente distintas, conviene á saber: memoria, inteligencia y voluntad. La memoria ninguna otra cosa es que intención de la semejanza divina. La inteligencia es aquello mediante lo cual, naturalmente no investigando, ni racionando, cualquier ánima conoce á su Criador. La voluntad es una potencia por la cual ama nuestra ánima á su Criador, y naturalmente camina para Él, y de esto último

mana la razón, porque el afecto humano no puede hartarse de todo punto con las cosas de la tierra, porque á sólo Dios camina y se inclina para finalmente descansar en Él. Pues como la potencia de la inteligencia en la cual está la cogitación ó pensamiento, naturalmente precede á la potencia de la voluntad, en la cual está el ardor ó afecto del amor, bien se sigue que el movimiento de la inteligencia, que es pensar, ha de preceder al de la voluntad, que es amar, y que ningún entendimiento puede ser levantado divinalmente con ningunos afectos, por encendidos que sean, sin que le acompañe ó preceda la meditación.

Muchos otros argumentos trae este nuestro Doctor seráfico por esta parte negativa; pero, pues no es en la que habemos de parar mientes, razón será veamos los que más hacen á nuestro propósito. El primero es de Dionisio en el principio de la mística teología, adonde aconseja á su discípulo Timoteo que trabaje cuanto le fuere posible por desamparar acerca de las visiones místicas los sentidos y operaciones intelectuales y todas las cosas sensibles é inteligibles, las que tienen y no tienen existencia, y cómo sea posible se levante ignorantemente á la unión de Aquel que es sobre toda substancia y conocimiento, etc. ¿Quién dirá, oyendo estas palabras de este divino contemplativo, ser necesario que preceda meditación para que el verdadero enamorado se levante á Dios? Pues oigamos lo que

el mismo dice, libro 7 *De Divinis nominibus*: «Conviene que se entienda que nuestra ánima tiene virtud para entender, por la cual mira y contempla las cosas que pueden ser de ella entendidas; pero también es necesario saber que tiene virtud unitiva, que excede la naturaleza del entendimiento, por la cual se junta á las cosas que son superiores á ella. Luego, aunque en las humanas y terrenas, primero es necesario entender que amar, en el verdadero y experimental conocimiento de las divinas, primero es necesario sentir por amor que pensar; entendiendo al mismo Dios que de nosotros es sentido; porque aquello que en las cosas divinas experimentalmente siente el afecto, verdaderamente lo percibe y alcanza el entendimiento». Fuera de esto, en el mismo capítulo llama San Dionisio á esta mística sabiduría irracional, estulta y loca, como ya vimos, dando á entender que no se procede á ella por razones, ni arguyendo como en las otras ciencias, sino deseando y amando. Lo cual confirma el salmista diciendo (1): *Gustad y ved qué suave es el Señor*; como si dijera: preceda el afecto á la inteligencia, y entenderéis la suavidad de Dios. Y regla es de los que tratan de esta mística teología, que primero se ha de tener la práctica de ella que la teórica, esto es, el uso y ejercicio en el corazón, que la noticia de ella y de las cosas

(1) Ps. 33.

que se dicen en el entendimiento. Y el comentar dice que este negocio de la sabiduría mística suspende los oficios de la imaginación, de la razón y entendimiento, así práctico como especulativo, y excluye todo entendimiento y todo lo inteligible, y todo ente uno y verdadero, y trasciende todo espejo y enigma, y une al espíritu divino, por la dignación suya, el ápice del principal afecto. De lo cual todo, y de otros argumentos que dejamos, se concluye que en la mística sabiduría no se requiere algún pensamiento ó conocimiento del entendimiento, sino muchos y diversos afectos amorosos; y así, respondiendo y determinando la cuestión, decimos, siguiendo la doctrina de este seráfico varón, que esta sabiduría mística no es de todos, sino de solos los cristianos, y así presupone el conocimiento de la fe y el fundamento de caridad. De donde se sigue que ningún hombre mortal, por grande filósofo que sea, pudo, ni podrá comprender investigando, ni racionando, esta sabiduría que se asienta en el supremo afecto del alma y trasciende toda la facultad de la inteligencia humana, porque está reservada y se descubre á los hijos de Dios, los cuales de solo Él esperan consolación, y por eso se llama *mística*, esto es, cerrada ú oculta, porque es de pocos conocida.

Para entender de raíz la verdad de lo dicho, se debe notar que hay dos maneras de conocer, según dos naturales potencias que tenemos, para

llegar á Dios; porque cada una de nuestras ánimas tiene potencia de entender, esto es, entendimiento, potencia de amar, que se dice afecto, con las cuales dos alcanza á Dios, que es suma verdad y suma bondad; la verdad con el entendimiento y la bondad con el afecto. Según estas dos potencias, se hallan dos caminos de excelencia para Dios: uno de contemplación, figurado por Raquel, hermosa á la vista, conviene á saber: cuando nuestra mente, alumbrada con luz del cielo, tiene por oficio meditar y pensar tan solamente las cosas celestiales, sin que las guste la voluntad ni arda en ellas. El otro está en el afecto, y es dicho ardor de amor, y es cuando nuestra ánima, con el fuego del Espíritu Santo enviado de arriba, aspirando á sólo Dios, por inflamadas afecciones, á sólo Él desea para verse unida con Él con estrechísimo vínculo de amor. Y ésta se dice la bonísima parte de María, que, como escribe San Juan, ardía en el deseo, y es sin duda este camino el más perfecto de todos, según que lo afirma San Pablo en la carta á los Corintios, adonde, después de haber tratado de muchas y diversas gracias que hay en la Iglesia, y en que se han de ocupar los ministros de ella, añade (1): *Imite cada uno y siga de estas gracias las mejores y de más ganancia*. Y, concluyendo el capítulo, dice: *Y aún me queda otro camino más excelente que enseñaros*. Como si

(1) *Æmulamini charismata meliora.*—I Cor., 12.

dijera: buenos caminos son éstos, conviene á saber: el de enseñar, predicar, curar, profetizar, gobernar é interpretar escrituras; pero otro más alto y más excelente os quiero yo enseñar; y decir esto y entrarse á tratar de las excelencias de la caridad, todo es uno.

Dejando, pues, por llano que este camino de amor es el más excelente y provechoso, es necesario saber que se anda de dos maneras: una escolástica y común, otra mística y secreta. La primera procede por modo de inquisición y de elevación, y comienza de las cosas inferiores y sube hasta Dios por un ordinario y continuado ejercicio de meditación; y para ser de algún provecho, como dice San Agustín, se ha de terminar en amor. Otro modo hay de subir á Dios mucho más noble que éste, y más fácil que todos, y éste es el de la sabiduría unitiva, de que vamos hablando, la cual define San Dionisio, lib. 7 *De Divinis nominibus*, por estas palabras: *Sapientia est divinissima Dei cognitio per ignorantiam cognita secundum unionem super mentem*, etcétera. Esta sabiduría es un divinísimo conocimiento de Dios conocido por ignorancia, según la unión que se hace sobre la mente; esto es, cuando esta porción superior de nuestra ánima, apartándose de todas las cosas creadas, y finalmente dejándose á sí misma, se une á Dios y es hecha un espíritu con Él. De manera que, en este ejercicio soberano, esta sabiduría divina (de que hablábamos), sin alguna meditación ó

investigación precedente, arrebatada y atrae para Dios el afecto de la mente. Y así no conviene en ella pensar, ni de las criaturas, ni de los ángeles, ni de la Trinidad, lo cual pertenece á la especulación, que sólo es obra del entendimiento. Verdad es que esto se entiende de los ya aprovechados, pues en los imperfectos necesario es el ejercicio de la vía purgativa é iluminativa, de que largamente trata San Buenaventura en su mística teología, adonde también dice que después que por la meditación el afecto se enciende y se levanta suficientemente, entonces ya no hay que meditar ni que especular, todo cesa, y sólo el afecto reina, y con tanta facilidad y suavidad se levanta el ánima anagógicamente, esto es, deseando y amando de día y de noche y en todo tiempo, como cuando naturalmente respiramos y vivimos. Al fin se llega á que el afecto preceda al pensamiento, porque aquello que se gusta con el afecto, como queda dicho, muy bien lo percibe el entendimiento. En el primer camino subimos de las criaturas al Criador, y de las cosas inferiores á las superiores, y allí pasamos por amor; mas en este místico sucede al contrario, porque aquel verdadero amor, que es el Espíritu Santo, tercera Persona de la Beatísima Trinidad, y última en orden á las demás, es á nosotros la más cercana, y la primera en esta consurrección afectiva á Dios. De donde viene que este divino Espíritu, mediante el fuego de su amor, toca é in-

flama lo supremo y más eminente de la parte afectiva, é inefablemente, sin algún pensamiento ni meditación, la arrebatada á Sí; de modo que en este estado es el ánima como la piedra respecto de su centro, que, no habiendo quién la impida, derecha camina para él. Cosa maravillosa, y de sólo el poder y saber de Dios, ver un alma arrebatarse y elevarse en Dios sin ningún rodeo ni vuelta, esto es, sin que proceda obra ninguna del entendimiento, y sólo con el peso de su amor. Y así, sola aquella potencia, que en nuestra ánima se dice afectiva, es unible al divino Espíritu, mediante el engrudo y liga de la caridad. Y esta potencia, en cuanto es lo supremo de nuestro espíritu, cuasi de todos es ignorada; solos aquellos la conocen cuyo afecto inmediatamente con su fuego es tocado y movido del Espíritu Santo. Así afirma San Dionisio que esta parte afectiva se dice inmediatamente movida del Espíritu Santo, y según ella procede toda la mística teología. Por lo cual dice: «Que mediante esta virtud, así movida y tocada, es mucho mayor el conocimiento que de Dios tenemos que por ningún otro camino de especulación». Porque, cuanto á lo primero, siendo tocado el ápice ó alteza de nuestra mente, según la cual virtud se levanta á Dios ardiendo, de este contacto queda en el alma un verdaderísimo conocimiento del entendimiento, porque aquello sólo que siente de las cosas divinas alcanza verdaderísimamente nuestro enten-

dimiento, como se dice en el principio de la mística teología. También de esta unión y contacto se aclara maravillosamente el ingenio para conocer é investigar cosas altísimas y secretísimas. Las que son imaginarias y fantásticas desaparecen, los sentidos exteriores se corrigen y moderan como con un freno, y aun la sensualidad y la carne se amortiguan; porque, cuanto el ánima más se levanta aspirando, más se debilita la corrupción de esa carne que nos inflama y abrasa.

De lo dicho queda cuasi respondido á los argumentos en contrario, aunque será razón digamos en breve las soluciones de ellos, por que goce el lector devoto con más seguridad de la verdad de esta doctrina. El primero fué del Profeta, que dice: «en mi meditación arderá el fuego»: esto tiene lugar en los que van aprovechando, que, como queda dicho, se sirven de alguna meditación para inflamar el afecto; pero no en los perfectos, que sin ella se levantan cuantas veces quieren á Dios. Al segundo, que tomamos del orden de las divinas Personas, respondemos que tiene verdad, siguiendo el común modo de concebir el misterio de la Santísima Trinidad, donde se ofrece primero el Padre que engendra y es suma potencia; luego el Hijo engendrado, que es suma sabiduría; últimamente el Espíritu Santo, que procede y abraza los dos, que es suma bondad y amor infinito. También ha lugar esto siguiendo el orden de subir el alma meditando y contemplando por sus grados;

pero no si miramos el orden de la Teología mística, que no medita ni ratiocina, y así, en su elevación, el ánima primero topa con el Espíritu Santo, que es tercera Persona y última, y amor, que con el Hijo, que es noticia del Padre. La misma respuesta damos al tercer argumento de las jerarquías; porque, subiendo el camino ordinario, primero son los querubines científicos que los serafines abrasados; pero, descendiendo, primero está el serafín abrasado que el querubín lleno de ciencia. Y así es que, en esta sabiduría, primero se inflama el afecto y se mueve á Dios por amor que perciba el entendimiento lo que el afecto siente. Al sexto no hay que responder, porque queda suelto, considerados estos dos modos de subir, uno especulativo y otro místico. Concluyo, pues, con esta cuestión, y digo lo que San Dionisio; que cuanto más eficazmente, levantándonos á Dios, cercenaremos y desterraremos todo conocimiento intelectual, tanto más presto nuestro afecto, nadando y como libre sobre las trabas de la razón, alcanzará lo que busca y desea. Y así se debe guardar el contemplativo que ningún pensamiento ni operación intelectual se mezcle en la consurrección y levantamiento del amor unitivo. Y si me preguntares qué tengo de hacer, si ni tengo licencia de pensar en los ángeles, ni en las criaturas inferiores, ni en la beatísima Trinidad, respóndote que aspiras á Dios, si estás bien purgado é iluminado; porque en el ejercicio de aspirar, si hay per-

severancia, aunque falte gusto, te sentirás mil veces más presto inflamado y encendido, y harás experiencia de la suavidad de Dios, más presto que si pensases en la eterna generación y emanación de las divinas Personas, ó en la creación de los ángeles y armonía de todas las criaturas. Y porque no pretendo decir cosa que no se halle expresa en escritura ó se colija con facilidad de ella, mírese lo que San Pedro en su Canónica dice (1), el cual pone ocho escalones necesarios para llegar á esta mística teología y altísimo conocimiento de Cristo, por estas palabras: «Haced con cuidado lo que es de vuestra parte, y en la fe que tenéis obrad virtud; en la virtud haya ciencia y discreción; en la ciencia guardad abstinencia de todo lo que es malo; en la abstinencia tened paciencia, sufriendo lo que os fuere contrario; en la paciencia sed piadosos; en la piedad tened amor de hermanos, y en ese amor no falte la caridad, que sin ella todo sirve de poco»: *Hæc autem si vobiscum adsint, et superent, non vacuos nec sine fructu vos constituent in Domini nostri Jesuchristi cognitione*: si subiereis por estos ocho escalones, conviene á saber: de fe, de obras, de discreción, de abstinencia, de paciencia, de piedad, de amor, de fraternidad y de caridad, no quedaréis vacíos, ni os dejarán sin fruto en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, al cual sea gloria. Amén.

(1) II Petri, 1.



CAPITULO XIX

DE LAS ORACIONES JACULATORIAS DE QUE DE ORDINARIO SE HA DE APROVECHAR EL ALMA PARA HERIR Á DIOS.

AUNQUE los caminos que los Santos enseñan para llegar el ánima á la perfecta caridad y unión íntima con Dios sean muchos, y todos enderezados á un fin, el más breve y compendioso de ellos, conforme á la doctrina de San Dionisio y San Buenaventura, es levantarse el ánima continuamente al Señor por afectos amorosos y deseos encendidos, los cuales llama San Agustín oraciones jaculatorias, porque, como saetas de fuego, eficazmente penetran y sobrepujan todos los medios que hay entre Dios y el que ora. El mismo, sobre aquel verso del salmo que dice: *Entre mi oración en vuestro acatamiento*, entre otras cosas notables, escribe ésta: «Maravillosa virtud es la de la oración que atrevidamente llega y entra adonde la carne no tiene lugar de entrar ni acercarse». Pero ¿qué oración es ésta tan atrevida? Él mismo la define, di-

ciendo: «Es elevación ó levantamiento de la mente á Dios por afecto piadoso». Aquel, pues, ora perfectamente que sin intermisión se levanta á Dios por deseos anagógicos, los cuales siempre son de Él bien recibidos. Admirablemente declaró el Espíritu Santo la virtud de estas oraciones cuando dijo (1): *La oración del que se humilla*; del que, despreciadas todas las cosas caducas y perecederas, con humildad y amor convierte del todo su corazón á Dios, *penetra las nubes*. Esto es, como nota Guillermo Parisiense, vence el tropel de los pensamientos que pretenden impedir nuestro camino, ó las nubes, esto es, la multitud de los Santos, á la manera de un fiel mensajero que rompe por la multitud de la gente para llegar á dar el recado á aquel que es enviado. Eso suenan aquellas palabras, y *hasta que llegue á dar su recado no se consolará*; como lo hizo Eliecer, que no quiso comer bocado hasta que dió el recado de su señor, ni se apartará de Dios hasta que oiga su embajada y le conceda lo que pide.

Aquella postura de Elías, que pidiendo agua á Dios metió la cabeza entre las rodillas, parece dificultoso de entender qué quiso significar. Algunos dicen que era postura de esclavos, que se ponían de aquella manera para que los azotasen; como si dijera el Profeta: yo quiero ser azotado por este pueblo, porque Vos lo habéis

(1) Eccles., 35.

de ser por todo el mundo con tal condición, que os desenojéis con ellos y remediéis su necesidad. Otros dicen, y mejor, que lo hizo de puro humilde y confiado en la amistad de Dios, que son dos circunstancias importantísimas para orar (como ya dijimos). Quiso obligar á Dios con aquella postura tan trabajosa, como acá soléis decir á vuestros amigos: no comeré hoy bocado si no me hacéis merced en esto que os pido. Así el santo Elías oraba delante de Dios todo encorvado, y debíale de decir: así me tengo de estar si no me remediáis. De modo que en las oraciones jaculatorias y amorosas se requiere humildad y confianza. Que como el arco, cuanto más se dobla y flecha, tanto más lejos envía la saeta, y el ave para volar alta se cose el pecho con la tierra, y el músico para cantar alto pone la clave en la última regla, así el ánima tanto más subirá á Dios, y tanto con mayor violencia le herirá con estas saetas de amor, cuanto más se humillare y confiare. Y nunca se convertirá de esta manera á Dios que Él no le salga al camino y le dé nueva gracia y nuevos dones del Cielo.

Este camino llamaron los Santos estudio y escuela de sabiduría, la cual no se aprende con muchedumbre de libros, ni con argumentos sutiles y sofisticos, sino con extensión de afectos en Dios; por lo cual se llama esta sabiduría, como queda dicho, mística teología, porque por irradiación divina se infunde en el ánima y se

frecuenta más con afecto que con conocimiento. Así vemos que muchas personas simples é idiotas han llegado á esta teología y unión con Dios, y muchos sabios no la entienden, como largamente queda probado. Advierta, empero, el cristiano lector que, para alcanzar esta sabiduría, es necesarísima la pureza del corazón, la cual se ha de granjear procurando siempre tener buena y ferviente voluntad para con Dios, guardando su corazón vigilantísimamente de todo pecado, buscando al Señor en todas las cosas, en verdadera inocencia, pureza, sinceridad y simplicidad; teniéndole siempre delante de los ojos como presente; porque, en tanto que vivimos en el mundo, si el amor propio no muere en nosotros, brota continuamente vicios, engendra malos pensamientos, inclinaciones perversas y vanos deseos, los cuales nos apartan de Dios, ensucian nuestras ánimas y perturban la paz interior y son de grande impedimento. Por tanto, luego que el hombre sintiere algo de esto, débelo quebrantar en la piedra viva Cristo y negarse á sí mismo, esto es: que dondequiera que hallare á sí, y que busca su gloria y no la de Dios, ha de huir de sí, y aborrecerse, y deterrar y perseguir aquello en que se halla á sí y no á Dios. Pero ¿qué cosa es negarse el hombre á sí mismo? No sólo no poner en ejecución sus deseos, sino querer y trabajar por no sentirlos, morir á sí y á todo desordenado amor, tanto acerca de sí mismo como de las demás

criaturas. Debe, pues, el que estudia en la pureza del corazón salir de sí y desampararse, y, sin reservar nada para sí, sujetarse á Dios y á los hombres por Dios, aparejado siempre y resignado para todo el beneplácito divino, por cualquier vía que le constase, igualmente en las cosas prósperas que en las adversas. También ha de trabajar cuanto le fuere posible de tener el corazón desnudo de fantasmas é imágenes de cosas criadas, representaciones y formas, y, lo que es más (según queda dicho), de todo desordenado afecto. Ayuda para esto huir las parlerías, cortar las ocasiones de hablar, de saber curiosidades, de ver cosas hermosas, apartarse de negocios y ocupaciones inútiles, mortificar los sentidos, cercenar lo superfluo así en el comer como en el ornato y atavío exterior, y tras de esto despertar la fuerza concupiscible del ánimo, multiplicando los deseos de amar ferventísima y castísimamente á Dios. No es necesario para esto formar silogismos ni especular con el entendimiento, sino despertar el afecto y aspirar incansablemente á Dios, penetrando los cielos y todas las cosas con inflamados deseos, sin descansar ni reposar en otro que Dios, deseando siempre más y más agradarle y cumplir su voluntad, y podrá decir de esta manera: ¡Oh buen Jesús, esperanza mía y mi refrigerio! ¡Oh amor mío único! ¡Oh Esposo florido de mi ánimo! ¡Oh dulzura de mi corazón! ¡Oh esencia de mi esencia y agradable des-

canso de mi espíritu! ¡Oh deseada consolación mía y mi sincero gozo! ¡Oh día hermoso de la eternidad y luz serena de todas mis entrañas! ¡Oh resplandeciente cónclave y agradable paraíso de mi ánimo! ¡Oh amable principio mío y toda mi suficiencia! ¿Qué quiero yo, fuera de Vos, ni en el Cielo ni en la Tierra? Vos sois mi verdadero y eterno bien; arrebatadme en pos de Vos, para que, alegre, pura y perseverantemente, corra en vuestro seguimiento, al olor de vuestros vivíficos unguentos. A este tono, puede formar saetas, según el Espíritu Santo le enseñare, siendo cierto que este ejercicio de aspirar es efficacísimo para borrar los pecados, y toda deformidad y desemejanza del ánimo con Dios, y para la iluminación, simplificación, purificación é inflamación del corazón, y, finalmente, para que nos trague Dios y una consigo. Advertida, empero, el que se hubiere de ejercitar en este modo de orar, que puede haber aquí gula espiritual y daño notable en la cabeza, si con demasiado ímpetu hace estas elevaciones, en las cuales muchos adulteraron, deleitándose en ellas, siendo dones de Dios, más que en Dios. Por lo cual se requiere discreción y muy grande, y velar continuamente para que nuestra intención sea casta y pura y deiforme; que no se busque sino la gloria de Dios, ni se dañe con la demasía la salud. También se debe advertir que la nobleza del ánimo racional es tanta, que, ya que no puede obrar infinito por ser finita su

virtud, puede desear infinitamente. Porque, como Dios sea infinito, no quiere ser de nosotros amado sino con amor infinito; pero como ninguna cosa hay en las criadas que pueda entenderse en infinito, sino el deseo, éste quiere Su Majestad que sea infinito; quiero decir, que, en el amor y en el afecto de amar y honrar á Dios, el deseo sea infinito. Por lo cual, en las aspiraciones y oraciones jaculatorias, no se ha de mirar la imposibilidad de lo que se desea, cuanto al ponerlo en obra, sino á que sea ello enderezado á sola honra y gloria de Dios; que cuando sola la impotencia que hay de nuestra parte impide el efectuar lo que deseamos, el deseo será coronado por Dios, como se coronará la obra si fuéramos suficientes para ella. Porque, como nuestro Salvador dijo, del corazón sale lo que nos hace dignos de honra ó de vituperio; de manera que, cuando á la voluntad no pueden seguirse obras, ella recibe nombre y corona como si fueran obras.

Acabo con este capítulo diciendo que, para conocer el hombre sus defectos y la semejanza que hay entre él y Cristo, ningún ejercicio hay tan poderoso como el de las aspiraciones, en las cuales pide á Dios humildad, caridad, mortificación, unión, paciencia, y las demás virtudes. Porque todas las veces que pedimos alguna virtud ó el amor divino, súbitamente se nos ofrece al entendimiento cómo, poco antes de esta oración, hicimos contra lo que estamos pi-

diendo; por lo cual nos hemos de doler, y á lo menos, por aquel tiempo que oramos, ha de caer de nosotros cualquier mal pensamiento y deseo que haya en el corazón contrario de lo que pedimos, en el cual no pueden haber juntamente dos deseos contrarios y entre sí repugnantes. De donde se sigue que, aspirando á Dios, ó ha de perecer lo que en el corazón está vicioso y malo, ó la oración jaculatoria, enferma y flaca, no ha de llegar á Dios, porque la impuridad del corazón no puede derramar puros afectos. ¡Oh cuánto cuidado debería el siervo de Dios guardarse que dentro de sí no tuviese cosa que le impidiese la libertad, convertirse á su Criador y enderezar á Él su corazón! Sin esta libertad, ni la salud ni el Reino de Dios puede estar dentro de nosotros; más pierde quien ésta pierde, que vale el Cielo y la Tierra. Porque ni el Cielo ni la Tierra ni todas las criaturas me sirven de nada, si mi corazón está de tal manera aficionado y asido á alguna criatura, que no le pueda convertir, derramar y levantar á su Criador. Por lo cual debemos siempre trabajar por tener pureza de corazón, para que, mediante ella, seamos idóneos y estemos hábiles para recibir los influjos de la divina gracia, para establecer nuestro amor en Dios, y para la cumplidísima abnegación y resignación nuestra. Esta abnegación y resignación de sí mismo, por la cual el hombre totalmente se deja, sale de sí y de toda propiedad desnuda, ofreciéndose á Dios para

todo lo que fuere su voluntad, es la llave que da entrada al hombre para Dios y á Dios para el hombre. Porque tanto cuanto más el hombre sale de sí, tanto más lugar deja á Dios para entrar en él.



CAPITULO XX

DEL MAYOR IMPEDIMENTO QUE TIENE LA VIDA
ESPIRITUAL, QUE ES EL AMOR PROPIO

QUY á cuento nos viene en este lugar tratar del mayor impedimento que tiene la vida espiritual, y que de todo punto quita la libertad de aspirar á Dios por actos anagógicos, que es el amor propio, raíz y fundamento de todos los males, fundador de Babilonia y enemigo capital del divino amor. Para cuya mayor inteligencia se debe notar que en nuestra alma no puede haber dos cosas principalmente amadas, sino una sola, en virtud de la cual se han de amar las demás que se amaren, y ésta ha de ser forzosamente ó Dios ó alguna criatura. De donde se sigue que si el amor primero que hay en nosotros no es de Dios, ha de ser de criatura. Mas porque entre todas á aquélla se inclina con mayor propensión la voluntad, que le es más conjunta y vecina, pudiendo, como puede, aplicar á sí misma su amor y quererse como si fuera cosa de sí misma distinta, necesariamente, si